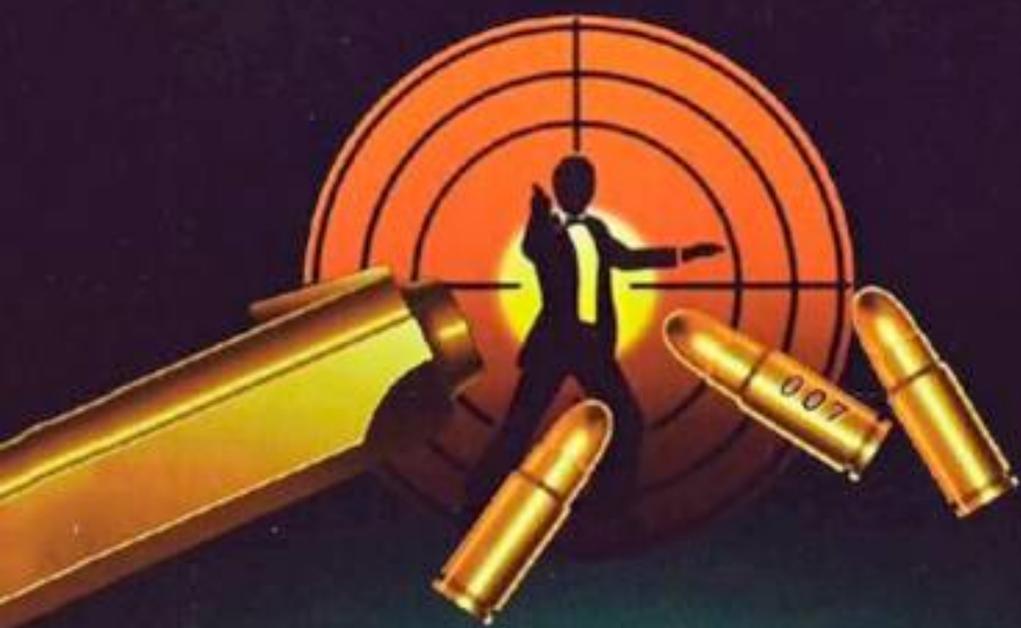


JAMES BOND ⁰⁰⁷

**El hombre de la
pistola de oro**



Ian Fleming

Esta hazaña engañosa enfrenta a Bond con Scaramanga: el malvado hombre del Caribe, el hombre de la pistola de oro. En esta aventura, la cómplice de Bond es la muy sensual Mary Goodnight. Con su ayuda, el agente 007 combatirá a Scaramanga en escenarios caribeños tan diversos como un burdel tropical, un hotel lujoso y un pantano infestado de cobras. Un duelo a muerte espeluznante.

007

1

¿En qué puedo ayudarle?

El Servicio Secreto mantiene mucha información reservada, incluso para oficiales de alta graduación dentro de la organización. Sólo M y su jefe de Estado Mayor, que depende de él, conocen absolutamente todo lo que hay que saber. Este último es el responsable de los archivos ultrasecretos, conocidos como «Manual de Guerra». Así las cosas, en la eventualidad de que ambos muriesen, todos los datos, con independencia de aquellos que son accesibles a las secciones y estaciones individuales, pasarían a sus sucesores.

Algo que James Bond no conocía, por ejemplo, era la maquinaria que entraba en funcionamiento en la Central cuando había que lidiar con las solicitudes para unirse al Servicio o colaborar con él que el público hacía de buena fe, bien de carácter amistoso, bien de otro tipo (borrachos o lunáticos). El sistema también perseguía detectar agentes enemigos con planes para infiltrarse o, incluso, para asesinar.

Aquella fría y clara mañana de noviembre, Bond iba a ver cómo los engranajes se ponían meticulosamente en marcha.

La joven auxiliar de la centralita del Ministerio de Defensa pulsó el botón que indicaba *en espera* y le dijo a su compañera:

–Otro tipo que afirma ser James Bond. Incluso conoce su código. Dice que quiere hablar con M personalmente.

La telefonista se encogió de hombros. La centralita había recibido bastantes llamadas de ese tipo desde que, un año atrás, había aparecido en la prensa la muerte de James Bond en una misión en Japón^[1]. Incluso había una mujer repugnante que, cada luna llena, transmitía mensajes de Bond desde Urano, donde, según ella afirmaba, permanecía retenido en espera de su entrada en los cielos.

–Pásale con Liaison, Pat –dijo la otra joven.

La Sección Liaison era el primer piñón del engranaje de aquella máquina, una primera criba. La operadora retomó la línea.

–Un momento, por favor, señor. Le pondré con el oficial que puede ayudarle.

–Gracias –le contestó James Bond, sentado en el borde de su cama.

Ya había supuesto que se encontraría con algún retraso mental antes de que le fuera posible establecer su identidad. El encantador «coronel Boris», que se había ocupado de él durante los últimos meses después de finalizar su tratamiento en el lujoso Instituto del Nevsky Prospekt de Leningrado, ya se lo había advertido. Se escuchó una voz de hombre en la línea.

–El capitán Walker al habla, ¿en qué puedo ayudarle?

James Bond habló con lentitud y claridad.

–Al habla el comandante James Bond. Número 007. ¿Me haría el favor de ponerme con M o con su secretaria, la señorita Moneyppenny? Quiero concertar una cita.

El capitán Walker presionó dos botones en el lateral de su aparato. Uno de ellos ponía en funcionamiento una grabadora, para uso de su departamento; el otro daba el avi-

so a uno de los oficiales que se encontraba de guardia en el despacho de acción de la Rama Especial de Scotland Yard, que debía escuchar la conversación, localizar la llamada y convertirse de inmediato en inseparable del comunicante. La función del capitán Walker, quien efectivamente era un brillante ex interrogador de prisioneros de guerra en la Inteligencia Militar, era mantener la comunicación con el sujeto durante al menos cinco minutos o el mayor tiempo posible.

—Me temo que no conozco a ninguna de esas dos personas —contestó el capitán—. ¿Está usted seguro de que ha marcado correctamente?

James Bond repitió con resignación el número de Regent, que era la principal línea externa del Servicio Secreto. El había olvidado el número, junto con muchos otros detalles, pero el coronel Boris lo conocía y había hecho que lo escribiera entre las pequeñas marcas que aparecían en la primera página de su pasaporte británico, un pasaporte falsificado donde constaba que su nombre era Frank Westmacott, gerente de una compañía cualquiera.

—Sí —contestó con voz amable el capitán Walker—. Parece que este punto es correcto. Pero me temo que no puedo localizar a las personas con que usted quiere hablar. ¿Quiénes son exactamente? Ese señor M, por ejemplo..., creo que no hay nadie llamado así en el ministerio.

—¿Quiere que se lo deletree? ¿No se da usted cuenta de que ésta es una línea abierta?

El capitán Walker estaba muy impresionado por la seguridad que denotaba la voz de su interlocutor. Pulsó otro botón, que hacía que sonara un timbre telefónico, para que Bond lo oyera.

—Espere un momento —dijo—, ¿no le importa? Hay alguien en la otra línea.

El capitán Walker se puso en comunicación con su jefe de Sección:

–Disculpe, señor. Tengo a un tipo en la otra línea que dice ser James Bond y que quiere hablar con M. Sé que parece una locura, y ya he iniciado los movimientos de costumbre con la Rama Especial y todo lo demás, pero me gustaría que lo escuchara un momento, ¿quiere? Gracias, señor.

Dos despachos más allá, el oficial jefe de Seguridad del Servicio Secreto, un hombre de aspecto preocupado, pulsó un interruptor:

–¡Maldita sea! –exclamó al mismo tiempo.

El micrófono situado sobre su mesa de trabajo cobró vida. El oficial jefe de Seguridad permaneció sentado, inmóvil. Necesitaba con urgencia un cigarrillo, pero lo que hiciera en su despacho sería ahora audible, tanto para el capitán Walker como para el lunático que se denominaba a sí mismo «James Bond». La voz del capitán Walker le llegó con toda potencia.

–Lo siento. Entonces, me estaba diciendo... Ese hombre... El señor M, con quien usted quiere hablar... Estoy seguro de que no debemos preocuparnos por la seguridad. ¿Podría usted ser más concreto?

James Bond frunció el ceño. No era consciente de que lo había hecho, pero tampoco habría sido capaz de explicar el porqué. De nuevo bajó la voz sin darse cuenta de ello.

–El almirante sir Miles Messervy –dijo Bond– es el jefe de un departamento de su ministerio. Suele tener el despacho en el número doce de la octava planta. Su secretaria habitual se llama Moneypenny. Es una atractiva joven, trigueña. ¿Quiere que le diga el nombre del jefe de Estado Mayor? ¿Que no hace falta? Bien, veamos..., hoy es miércoles. ¿Desea que le diga cuál será el plato principal en el menú de la cantina? Hoy debería haber pastel de carne y riñones.

De inmediato, el oficial jefe de Seguridad llamó al capitán Walker por la línea directa.

–¡Maldita sea! –exclamó Walker a James Bond–. De nuevo el otro teléfono... Será sólo un minuto. –Descolgó el aparato verde y contestó–: ¿Sí, señor?

–No me ha gustado eso del pastel de carne y riñones. Pásele con el Hombre Duro. No, cancele esto. Mejor que sea el Hombre Suave. Siempre juzgué que había algo extraño en la muerte de 007. No hubo cuerpo. Tampoco evidencia sólida alguna. Y luego, todos los de aquella isla japonesa, que parecían estar guardándose algo en la manga, poniendo cara de poker. Bien, es posible que sea él. Manténgame informado, ¿de acuerdo?

El capitán Walker volvió con James Bond.

–Perdón, de nuevo. Está siendo un día ajetreado. Entonces... su búsqueda... Me temo que yo personalmente no puedo ayudarle en esto. No es mi labor en el ministerio. El hombre con quien usted necesita hablar es el comandante Townsend. Él debería ser capaz de localizar a la persona que usted quiere ver. ¿Tiene lápiz? Está en el número cuarenta y cuatro de Kensington Cloisters. ¿Ya lo tiene? Kensington, cinco cinco, cinco cinco. Déjeme diez minutos, y hablaré con él para ver si puede ayudarle. ¿De acuerdo?

–Es muy amable por su parte –asintió James Bond con torpeza.

Colgó el teléfono. Esperó exactamente diez minutos, levantó de nuevo el auricular y pidió que le pusieran con aquel número.

James Bond se alojaba en el hotel Ritz. Así se lo había indicado el coronel Boris. La ficha de Bond en los archivos de la KGB le describía como un gran vividor, de manera que, a su llegada a Londres, Bond debía permanecer fiel a la imagen que la KGB tenía de lo que era un alto nivel de vida. Bond bajó en el ascensor y se dirigió a la salida de Arlington Street. Un hombre apostado junto al quiosco consiguió una buena instantánea de Bond utilizando una Minox camuflada en el ojal. Luego Bond bajó por los po-

cos escalones que llevaban a la calle y, mientras pedía un taxi al portero, una Canonflex con lente telescópica disparó repetidamente desde la furgoneta de la lavandería Red Roses situada junto a la entrada de mercancías. La misma furgoneta siguió de inmediato al taxi donde iba Bond, mientras un agente informaba escuetamente al despacho de acción de la Rama Especial desde el interior.

)))

El número cuarenta y cuatro de Kensington Cloisters era una sombría mansión victoriana de ladrillo rojo ennegrecido. Había sido elegida para su propósito porque en tiempos constituyó el cuartel general de la Liga del Imperio para la Supresión de Alborotos. En la entrada aún se veía la placa de latón de esta organización, desaparecida hacía ya tiempo, cuyo cascarón había comprado el Servicio Secreto a través de la Oficina de Relaciones para la Commonwealth. Disponía también de un sótano anticuado, que había sido reequipado para albergar las celdas de detenidos, y una salida posterior que daba a una tranquila caballeriza.

La furgoneta de la lavandería Red Roses permaneció vigilando la puerta frontal, mientras se cerraba tras James Bond, y luego se dirigió a marcha lenta hacia el aparcamiento no muy alejado de Scotland Yard. Entretanto, en su interior se llevaba a cabo el proceso de revelado de la película Canonflex.

–Tengo cita con el comandante Townsend –dijo Bond.

–Sí. Le está esperando, señor. ¿Quiere dejarme su gabardina? –El portero, de aspecto fuerte, colgó la gabardina en un perchero junto a la puerta. Tan pronto como Bond estuviera en el despacho del comandante Townsend, su abrigo sería rápidamente trasladado al laboratorio, en la primera planta del edificio, donde, a partir de un

examen del tejido, se determinaría su procedencia. También se tomaría muestra del polvo de los bolsillos para realizar una investigación más a fondo.— ¿Quiere seguirme, señor?

Se encontraba en un corredor estrecho, pintado hacía poco con esmalte antihumedad, en el que sólo había una ventana alta que ocultaba el fluoroscopio, un dispositivo que se disparaba automáticamente bajo la alfombra de feo diseño que cubría el suelo del pasillo. Los hallazgos de su visor rayos X serían remitidos al laboratorio, ubicado justo encima. El pasillo terminaba en una pared lisa y con sendas puertas a los lados, una frente a otra, con los rótulos A y B. El portero llamó al despacho B y se hizo a un lado, dejando paso a Bond.

Era una habitación agradable, muy luminosa, con el suelo enteramente revestido de Wilton color gris paloma. Los símbolos militares que colgaban de las paredes pintadas en crema estaban lujosamente enmarcados. Ardía un pequeño y vivo fuego bajo la repisa de la chimenea estilo Adam, donde descansaban varios trofeos de plata y dos fotografías enmarcadas en cuero, una de ellas de una mujer atractiva y la otra de tres hermosos niños. Había una mesa de centro con un jarrón de flores y sendas cómodas butacas a cada lado del fuego. No se veían mesa de despacho ni archivo algunos, nada que tuviera aspecto oficial. Un hombre alto, tan agradable como la habitación, se levantó de su butaca, la más alejada, dejó caer *The Times* sobre la alfombra, junto a su asiento, y se acercó a Bond con una cordial sonrisa de bienvenida. Le estrechó la mano con firmeza.

Se trataba del Hombre Suave.

—Pase, pase. ¡Siéntese! ¿Un cigarrillo? Éstos no son los que usted prefiere, según creo. Tan sólo son los que nos proporciona nuestra entrañable Marina.

El comandante Townsend había preparado cuidadosamente este comentario cargado de doble intención: una

referencia directa a la preferencia de Bond por los Morland Specials con tres aros de oro. Notó la aparente falta de comprensión por parte de Bond. Éste cogió un cigarrillo y aceptó el fuego que el comandante le tendía. Se sentaron uno frente al otro.

Townsend cruzó las piernas, con actitud relajada. Bond tomó asiento con más rigidez.

—Así pues, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó el comandante.

Al otro lado del pasillo se encontraba el despacho A, un frío cubículo que constituía la Oficina de Trabajos, y que estaba equipada tan sólo con una siseante estufa de gas, una horrible mesa de despacho bajo un fluorescente desnudo y dos sillas de madera. Allí, la acogida que habría dispensado a Bond el Hombre Duro, un ex superintendente de policía (ex debido a un caso de brutalidad policial acaecido en Glasgow a causa del cual había sido acusado él), hubiese sido muy diferente. El hombre que respondía por señor Robson le habría dado un tratamiento intimidatorio completo, con un interrogatorio cruel y amenazador jalonado con advertencias de encarcelamiento por falsa identidad, y Dios sabe qué más; incluso si hubiese mostrado signos de hostilidad o de una fanfarronería irritante, hasta le habría propinado una pequeña y acertada paliza en los sótanos.

Era la última criba que separaba la paja del grano entre el público que deseaba acceder al Servicio Secreto. Otras personas en el edificio se encargaban de las cartas que se recibían. Las que llegaban escritas a lápiz o con tintas multicolores y aquellas que incluían fotografía permanecían sin respuesta. Las cartas amenazadoras o litigiosas se enviaban a la Rama Especial. Las cartas serias y con base sólida se dirigían, con un comentario realizado por el mejor grafólogo del Servicio, a la Sección Liaison, en el Cuartel General, para acciones posteriores. Los paquetes iban a parar automáticamente a la Brigada de Recogida de Bom-

bas en Knightsbridge Barracks. El ojo de la aguja era muy pequeño y, en general, su discriminación resultaba muy adecuada. La estructura era costosa, pero la primera obligación de un servicio secreto es, no sólo permanecer en secreto, sino también ser de la máxima seguridad.

No había razón alguna por la que James Bond, que siempre había estado en el área operativa del negocio, debiera conocer algo sobre esos entresijos del servicio, o al menos, no más de cuanto debiera saber acerca de los misterios de la fontanería o del abastecimiento de electricidad en su apartamento de Chelsea, o, siquiera, del funcionamiento de sus propios riñones. El coronel Boris, sin embargo, tenía acceso a conocer toda la rutina. Los servicios secretos de todas las grandes potencias están al corriente de las facetas públicas de sus oponentes; por eso, el coronel Boris le había descrito con mucha precisión el tratamiento que James Bond podía esperar antes de que quedara clara su identidad y se le permitiera el acceso al despacho de su jefe.

Por ello, James Bond hizo una pausa antes de responder a la pregunta del comandante Townsend relativa a cómo podía serle de ayuda. Primero contempló al Hombre Suave y luego desvió su mirada hacia el fuego. Confirmó la precisión con que le habían descrito el aspecto del comandante Townsend y, antes de decir lo que le habían indicado, otorgó al coronel Boris una puntuación de noventa sobre cien. El gran rostro amistoso; los ojos, separados entre sí, de color marrón claro, enmarcados por las arrugas de un millón de sonrisas; el bigote militar; el monóculo sin montura, colgando de un cordoncillo negro; el rojizo y escaso cabello, cepillado hacia atrás; el immaculado uniforme de chaqueta azul cruzada, rígido cuello blanco y corbata de brigada. Todo estaba allí. Pero lo que Boris no le había dicho era que los ojos, aunque parecían amistosos, eran tan fríos y firmes como el cañón de un revólver, al igual que los delgados y austeros labios.

—En realidad, resulta bastante simple —dijo Bond en tono condescendiente—. Soy quien digo ser y estoy haciendo lo que naturalmente tengo que hacer: presentarme de nuevo ante M.

—Es cierto. Pero usted debe darse cuenta —le repuso el comandante con una sonrisa comprensiva— de que ha estado fuera de contacto durante casi un año. Ha sido declarado oficialmente «desaparecido y dado por muerto». Su necrológica se ha publicado incluso en *The Times*. ¿Tiene alguna evidencia de su identidad? Admito que se parece mucho a las fotografías que poseemos de usted, pero debe comprender que hemos de estar muy seguros antes de permitir que suba más peldaños.

—Mi secretaria era la señorita Mary Goodnight, ella me reconocería de inmediato. Y también lo harían docenas de personas en el Cuartel General.

—La señorita Goodnight ha sido destinada en el extranjero. ¿Puede darme una breve descripción del Cuartel General, sólo unos cuantos detalles principales?

Bond así lo hizo.

—Bien. Ahora dígame, ¿quién era una tal María Freudstadt^[2]?

—¿Era?

—Sí. Ha muerto.

—Ya me imaginaba que no duraría mucho. Se trataba de una agente doble que trabajaba para la KGB. Era controlada por la Sección Cien. No me va a dar las gracias si le digo nada más.

El comandante Townsend había sido informado de antemano de ese asunto, de gran secreto, y le habían facilitado una respuesta, más o menos, como la que había expresado Bond. Esto era concluyente. *Tenía* que ser James Bond.

—De acuerdo; avanzamos muy bien. Ahora sólo nos queda averiguar de dónde viene y dónde ha estado todos estos meses, y no le retendré por más tiempo.

–Disculpe, pero sólo puedo decirle eso a M en persona.

–Lo comprendo.

El comandante Townsend adoptó una expresión pensativa.

–Bien, déjeme hacer una o dos llamadas por teléfono y veré cómo arreglarlo. –Se puso en pie y preguntó a Bond –: ¿Ha visto el *Times* de hoy?

Lo tomó y se lo tendió a Bond. El diario había recibido un tratamiento especialmente para obtener buenas huellas. Bond lo cogió.

–No tardaré –dijo el comandante.

Cerró la puerta tras de sí, cruzó el pasillo y abrió la puerta con el rótulo A, donde sabía que el señor Robson estaría a solas.

–Perdona que te moleste, Fred. ¿Puedo usar tu codificador telefónico?

El hombre fornido que estaba sentado junto a la mesa de despacho le contestó con un gruñido a través del humo de su pipa y siguió inclinado sobre las noticias de las carreras del *Evening Standard* de la tarde.

El comandante Townsend levantó el auricular y llamó al laboratorio.

–El comandante Townsend al habla. ¿Algún comentario?

Escuchó con gran atención, dio las gracias y después llamó al jefe de Seguridad del Cuartel General.

–Bien, señor, creo que se trata de 007. Está algo más delgado que en las fotografías... Le proporcionaré las huellas tan pronto como se haya ido. Lleva su atuendo habitual, traje sin cruzar azul oscuro, camisa blanca, corbata de seda negra estrecha, calzado informal negro..., pero todo parece recién estrenado. La gabardina fue comprada ayer mismo en Burberrys. Ha contestado sin el más mínimo error a la pregunta de Freudenstadt, pero afirma que no dirá nada más acerca de sí mismo, excepto a M en per-

sona. De todas formas, quienquiera que sea, no me gusta demasiado... No ha mostrado interés ante el comentario de sus cigarrillos preferidos. Tiene una rara mirada vidriosa, como distraída, y con la mera observación se ve que lleva una pistola en el bolsillo derecho de su americana, una especie de artilugio curioso, que parece que no tenga culata. Yo diría que es un hombre enfermo, y personalmente no recomendaría que M lo viera, pero no sabría decirle cómo conseguiríamos que hablara.

Hizo una pausa para escuchar.

—Muy bien, señor. Permaneceré junto al teléfono. Estoy en la extensión del señor Robson.

Hubo un silencio en el despacho. Los dos hombres no se llevaban bien. El comandante Townsend echó una ojeada a la estufa de gas, mientras se preguntaba por el hombre que esperaba en la habitación contigua. Sonó el teléfono.

—¿Sí, señor? Muy bien, señor. ¿Enviaré su secretaria un coche del parque móvil? Gracias, señor.

Bond seguía sentado en la misma postura erguida, con *The Times* aún sin abrir en su mano.

—Muy bien, ya está arreglado —le comunicó el comandante con tono alegre—. Tengo un mensaje de M para usted. Está muy aliviado de que usted se encuentre bien y quedará libre en una media hora. Un coche llegará aquí para recogerle dentro de diez minutos. Y, otra cosa, el jefe de Estado Mayor le envía el mensaje de que espera que después podrá usted almorzar con él.

James Bond sonrió por primera vez. Fue una sonrisa leve que no llegó a iluminar sus ojos.

—Es muy amable de su parte —contestó—, pero ¿me hará usted el favor de comunicarle que me temo que no estaré disponible?

2

¡Un atentado!

El jefe de Estado Mayor se hallaba de pie frente a la mesa de despacho de M y le decía con firmeza:

—Sinceramente, señor, yo no lo haría. Puedo verle yo, o algún otro. Pero no me gusta cómo huele todo esto. Creo que 007 está loco. No hay duda de que se trata de él, de acuerdo. El jefe de Seguridad acaba de verificar las huellas. Y las fotografías son correctas, así como también la grabación de su voz. Pero, por el contrario, hay demasiadas cosas que no tienen ni pies ni cabeza. Por ejemplo, este pasaporte falso que hemos encontrado en su habitación del Ritz. Sí, claro, quería regresar al país sin hacer ruido. Pero es un trabajo demasiado bueno. Una típica muestra de lo que la KGB es capaz de hacer. Y el último sello es de Alemania Federal, de antes de ayer. ¿Por qué no informó a la Estación B o W? Los dos jefes de Estación son amigos suyos, en especial el 016 de Berlín. ¿Y por qué aún no ha ido a echar una ojeada a su apartamento? Tiene allí a una especie de ama de llaves, una escocesa llamada May, que siempre ha jurado que estaba vivo y que ha seguido cuidando el lugar con sus propios ahorros. El Ritz es una especie de escenario Bond. Y esas ropas nuevas. ¿De qué tenía que preocuparse? No importa qué llevaba puesto cuando entró por Dover. Lo normal, si es que iba harapiento, hubiera sido que me hiciera una llamada (él tiene